

CARTA DE ESCENA

A UNA JOVEN ACTRIZ

Confieras, — simpática y joven amiga mía — tener una gran afición al teatro. Muy bien, todas la tenemos; la tengo yo, infatigable lector de obras teatrales, la tiene ese señor que a cada representación acude, rezagado, a su butaca vitalicia, la tiene el electricista que cuida de dar las luces de la sala...

Pero: ¿te basta, amiga mía, con tener esa afición a estar en el teatro, a oler, aspirar su ambiente cargado, eso que Sagarra califica de «hedor» del escenario? Porque, es lo cierto — hay que reconocerlo — que cuando entras tú en el edificio del teatro para un ensayo, tu semblante cambia. Miras las cuerdas del desnudo escenario, las pesas de los telones, el escotillón y los viejos carteles pegados en lugares inverosímiles, con ojos brillantes y encandilados. Te sientes a gusto, allí. Consideras que el mundo casi inimaginable de la ficción ha empezado ya, desde el momento en que traspones la puertecilla del escenario.

Sin embargo, apenas comenzado el ensayo, me parece adivinar que tu interés se centra más en el ambiente que te rodea que en lo que dices, en lo que tu personaje vierte hacia afuera de sí mismo.

¿Has estudiado bien tu papel? ¿Conoces a tu personaje? No es preciso que lo vivas, si eres lo bastante inteligente para dominarlo. Mas, si no quieres hacer ese esfuerzo, o no puedes, vívelo al menos, déjate arrastrar por él. Pero desde adentro, olvidando un tanto lo que te rodea, padeciendo un poco. No sé si entiendes lo que quiero decir. Verás: una obra de teatro empieza precisamente en el texto. Naturalmente, tu juventud e inexperiencia te alejan todavía del texto *en su conjunto*. Escapa a tu percepción la batalla de fuerzas que en él se refleja. Cuando menos, empero, tienes un papel, eres la encargada, la responsable de crear un personaje. Y en teatro la creación es ineludible, y recae, para el momento feliz o infeliz, en el actor,

siempre sobre él. El director te dará cuantos detalles e indicaciones tenga por conveniente. Pero la galvanización, el arrebató del público sólo puedes conseguirlo tú en cuanto personaje, o, si más inteligente, en cuanto a actriz. Sólo tú puedes lograr «... ese momento de efusión en que las palabras, con facilidad y seguridad suben a los labios del comediante y le hacen experimentar a su vez las sensaciones y los sentimientos que el poeta mismo ha vivido al escribir las frases de su texto.» (Louis Jouvet).

¿Te das cuenta de tu posible mérito? ¿Adviertes que estás casi biológicamente inclinada con fatalidad a vivir con el autor el momento de su mejor inspiración, y que esto ha de abligarte a mucho?

Para lograr aquella plena conquista del público, aquella galvanización, has visto alguna vez que los llamados grandes cómicos dejan escapar inarticulados sonidos, abren mucho los brazos, tiemblan, gesticulan, o profieren vivos chillidos. A eso se le llama efectismo, y es muy contagioso. Ha habido grandes efectistas que fueron además actores inmensos, y ha habido también cómicos que sólo fueron efectistas.

Es un vicio tentador. El actor que ha probado una vez las llamadas mieles del triunfo por ese camino, queda contaminado para siempre. Allí tú si quieres ser efectista.

Lo que te aconsejaría que hicieses, es saturarte de teatro desde su origen. Leerle muchas obras de la literatura dramática mundial, célebres y no célebres, con preferencia aquellas en las que se descubre un soplo de verdad eterno. Mediante su lectura y meditación comprenderás que el teatro es cosa seria, muy importante y que consiste no sólo en dar vida a un texto, sino en transformar en momentos humanos vividos con la intensidad del sueño, una cadena de ideas. Con tus compañeros debes comentar las obras que lees, analizar en su compañía los caracteres que en ellas intervienen, viviseccionar sus

reacciones y enriquecer así tu caleidoscopio particular del mundo, y de la naturaleza humana, raíz última de la eficacia — no afectismo — escénica.

Yo no te censuro por tu afición a presentarte en escena, que a la verdad se me antoja algo excesiva. Pero quisiera prevenirte contra el peligro de pretender saltar a maestro sin ser antes aprendiz. No reclames nunca el papel principal de una obra, porque no lo hay. Existen papeles extensos y papeles cortos. Pero, a veces un papel corto tiene más enjundia y profundidad que uno largo. La cuestión es representarlos todos bien. El día que os convenzáis, los recién llegados, de que la longitud de un papel no es prenda segura de su calidad, habreis ganado mucho en vuestra carrera de actores inteligentes.

Discute con el director cuanto quieras, (porque la discusión, si inteligente, es necesaria) pero acata cuantas órdenes te den, especialmente en lo que se refiere a vestuario y movimiento.

Desoye, finalmente, aquellos elogios de las personas que mucho te quieren, porque la pasión las ciega, y generalmente entienden tanto de teatro como un albañil de hacer respuntes. No creas que porque te aplaudieron, lo has logrado todo. Y si te crees pospuesta, demuestra lo que vales en el papel «menor».

En el teatro, como en todo, los hechos son los que valen, y tus méritos, si los tienes, te serán reconocidos, aunque sea tarde. Mejor es tarde que nunca, y vale más la gloria tardía que el olvido pronto, y en esto último caen aquellos que tuvieron un principio suave y sin abrojos.

Sólo lo que cuesta vale. Puede que digas que esas son palabras de un pseudo-crítico regañón. Tómalas, si a tanto alcanzas, en lo que reflejan realmente: un grande amor al teatro, a ese misterio y culto que acompaña a la humanidad desde los albores de su toma de conciencia.

J. V. A.